

SECCIÓN DE LULISMO RETROSPECTIVO

RAIMUNDO LULIO Y SUS BIÓGRAFOS *

Para algunos, sobre todo de la generación presente, difícil en creer y perezosa en investigar, es Raimundo Lull un personaje ignorado, misterioso, indefinible, de indeciso perfil y vaga fisonomía, casi un *mito* de incierta y controvertible existencia; para otros más contentadizos es una celebridad conocida con tanta precisión y exactitud como cualquiera de las contemporáneas, sobre cuyas menores particularidades nada falta que saber, y cuyos pasos uno por uno pueden seguirse minuciosamente. El atento examen de su vida nos ha convencido de que ni es cierto que la envuelvan tan oscuras nieblas, ni que la ilumine tan de lleno la luz de la historia. En sus escritos innumerables ocurren acerca de su persona indicaciones preciosas aunque no tan frecuentes como lo serían en las obras eminentemente subjetivas de nuestro siglo, expansiones más copiosas en que se derrama su carácter sin querer y sin pensarlo, fechas que determinan a la vez la serie cronológica de sus producciones y de los viajes continuos de su laboriosa carrera. Los archivos no arrojan más que unos pocos y breves documentos en que figure, permaneciendo respecto de él tan reservados

= LA UNIDAD CATOLICA. / Periódico semanal / órgano de la Asociación de católicos / bajo la dirección de / D. José María Quadrado / con la colaboración / de los / R.R. sacerdotes Muñoz Garnica, Vives y Maura, / Srs. Aguiló y La Fuente, / Roca y Cornet, Rubió, Coll y Vehí, Reynals y Thos. / Tomo II / Palma / Imprenta de Felipe Guasp y Vicens / 1871.

La capçalera del n.º que du l'article sobre la biografia de Lull és:

= LA UNIDAD CATOLICA. Organó de la Asociación de católicos de las Baleares. Bajo la dirección de D. José María Quadrado. N.º 70. Domingo 3 de Julio 1870. pp. 139-143.

* Coincidiendo la aparición de este número con el día dedicado al bienaventurado sabio mallorquín y mártir de Jesucristo, cuya fiesta hoy en defecto del Ayuntamiento de Palma se honrará de celebrar en la iglesia de san Francisco la venerable orden tercera, he creído deber pagar algún tributo a su inmortal memoria; con cuyo objeto anticipo la publicación del primer capítulo de una obra inédita y todavía sin concluir que consagro a tan elevado asunto, el mayor que a los baleares puede inspirarnos. — N. del A.

como en todo lo que atañía, principalmente entonces, a la región de las ideas más bien que a la de los hechos, y a los hombres estudiosos y personalmente oscuros, cuya voz era lo único que el mundo conocía. Pero Raimundo, más dichoso en esto que otros genios de igual y aun de mayor fama, tiene su crónica especial, coetánea, escrita por sus discípulos y en cierto modo bajo su dictado; y ésta será la base principal, si no la única, del trabajo que vamos a emprender.

Cuando, por quienes y de qué modo se formó, lo dice expresamente el título que la encabeza: «Vencido Raimundo por los ruegos de algunos amigos religiosos, refirió en Francia y permitió se escribiera lo que va continuado acerca de su conversión y penitencia y de otros hechos suyos». Por su mudanza principia en efecto, dejando aparte todo lo relativo a su nacimiento y juventud, y termina probablemente hacia el año 1312 cuando vivía aun el venerable anciano. Su tono, ingenuo y natural como lo es el de las crónicas generalmente, ni toca en la fría indiferencia ni en los encomios ilimitados de los que hablan de personajes y de sucesos ya juzgados por la posteridad; es el lenguaje de un amigo que habla con reserva, temeroso de herir la modestia de un viviente, pero que permite bastante desahogo a su admiración para demostrar que escribe a cierta distancia y con independencia del elogiado. En toda la narración se marca el sello, no sólo de exactos informes, sino de privadas confidencias; y hasta en algún pasaje que indica las vacilaciones del protagonista y los cobardes temores de que se vio asaltado antes de su primer viaje al Africa, se trasluce una elevada imparcialidad, y tal vez una exigencia de humildad heroica de parte de aquél, empeñada en perpetuar así la memoria de su flaqueza. Las cuestiones teológicas y conferencias doctrinales intercaladas en el relato, sólo un maestro podía recordarlas, sólo un alumno podía transcribirlas con tanta proligidad y complacencia. Todas estas circunstancias, al paso que comunican a la lectura un interés vivísimo y palpitante, caracterizan la autenticidad del escrito, que nadie sabemos haya impugnado de frente, pero que no será fuera del caso dejar asentada previniendo todo reparo.

Que circuló desde los tiempos inmediatos a la muerte de Lulio entre sus adictos y seguidores, lo persuade la convicción en que estaban, y que les echaba en rostro ya entonces Aymerich, acerca de la ciencia infusa e inspiración sobrenatural de su jefe, tantas veces inculcada en dicha historia. Si otras hubo, (que alguna muy temprana debía haber que consignase los hechos de aquel hombre extraordinario y mantuviese el recuerdo de su presencia y el crédito de su doctrina en los apartados países donde había penetrado), no quedan ya de estas tales ni fragmentos ni noticia. Se ha perdido la que afirma Wadingo haber escrito el mismo Raimundo y presentado a Jaime rey de Ma-

llorca; se ha perdido la que menciona Seguí compuesta también por el interesado a ruego del rey de Francia Felipe el Hermoso, y hasta caben sospechas de que ni una ni otra hayan existido y de que no deben considerarse distintas de la que nos ocupa. ¿Tan poco rastro habrían dejado de sí estas preciosas autobiografías? ¿Hubieran sido cabalmente las únicas obras de Lulio que desapareciesen por completo, y cabalmente de dos siglos y medio a esta parte, si es cierto que las vieron los que las citan? ¿No pudieron más bien equivocarse, tomando por trabajo directo de aquél el de sus amigos y confidentes? Pero dado que fuesen diversas, discrepaban ciertamente muy poco, pues los que pudieron utilizarlas apenas traen hecho ni circunstancia siquiera que no se halle sustancialmente en la crónica mencionada.

Durante algunos siglos custodióse ésta en el archivo del reino de Mallorca en prueba de la autoridad y crédito de que gozaba; y como existente allí la alegan varios testigos del proceso de canonización instruído en 1612 y más adelante el historiador Dameto. A ella se refiere asimismo Wadingo, bien que la vio no en Mallorca sino en Roma mediante copia o traslado que poseía. Cuando en los últimos años de aquella centuria fue el diligente Costurer a consultar en el archivo el guardado códice, se encontró con que había desaparecido. Inculpaciones del archivero a los lulistas, ninguna noticia entre éstos acerca del paradero del manuscrito y una indiferencia tal que más bien argüía extravío que robo, vagos rumores de que se hallaría en Roma en el colegio franciscano de Irlandeses titulado de San Isidoro, desesperaron al sabio jesuíta, hasta que revolviendo la biblioteca del colegio de la Sapiencia en Palma, apareció casualmente a sus ojos el escondido tesoro que había ya dejado de buscar. De esta suerte se salvó como por milagro la relación más antigua, la única quizás auténtica de los hechos de Raimundo.

Asombra como en menos de un siglo, y tan señalado por cierto en honrar al varón insigne, había pasado su vida contemporánea desde tal aprecio y custodia a tanto olvido y abandono, si no se recuerda el abatimiento en que yacía a la sazón la sana crítica y la multitud de libros publicados desde promedios del anterior acerca de Lulio, encareciendo cada autor cuanto podía sus elogios y grandezas. Diminuta en las noticias, desnuda de portentos, ruda y desaliñada en el lenguaje, y sobre todo incompleta en el remate pues nada decía del glorioso martirio que tanto interesaba probar, debía parecer comparativamente semejante crónica, si alguien ya la leía, a los ojos del siglo XVII, tan exclusivo en ponderar (y en esto no es el único) sus cultos y pomposos engendros; y no comprendían los doctos de la época que el investigador jesuíta hiciera caso de tal antigualla. El mismo Costurer no la imprimió sino a retazos en las notas de sus *Disertaciones*, prefiriendo

para el texto la relación de Bouvelles; pero la remitió acompañada de una concluyente defensa de su genuinidad a los sabios continuadores de Bolando, lumbreras de su orden, quienes fueron los primeros en publicarla íntegra en las *Actas de los Santos*. Pocos años después, en 1729, se reimprimió al frente de la célebre edición de las obras de Lull hecha en Maguncia, llenando algunos huecos que anteriormente se notaban.

Gracias pues a Costurer queda perpetuado por la imprenta el contenido; pero el códice que encontró ha perecido posteriormente o al menos ha vuelto a desaparecer, sin que sea dable conjeturar donde se oculta y si una feliz eventualidad lo restituirá a la luz algún día. Pasqual en sus *Vindicias* por el año de 1778 observa la antigüedad de su carácter de letra, no sabemos si por haber alcanzado a verlo, o por la muestra que de él remitió Costurer y que se insertó en las *Actas* pág. 9. Muestra inestimable, pues solamente ya por ella podemos asegurar que fue escrito a mediados por a lo menos del siglo XIV, fundando en esto su legitimidad, a falta de los comprobantes que en la naturaleza y color del papel y en otras señales notó su descubridor. ¿Pudo éste confeccionarlo dando por hallazgo su propia ficción? No se imita, no, tan fácilmente el candor, la ingenuidad, la llaneza del estilo, como fuera dable remedar la escritura; y si esto aun hoy sería un prodigio paleográfico, aquello en tiempos tan poco avezados al sabor de las crónicas hubiera rayado en lo imposible. Además que el engaño debiera ser anterior a Costurer, pues Wadingo se le había anticipado casi un siglo en citar poco menos que literalmente fragmentos de dicha historia, y sobre la misma a principios ya del XVI había calcado Bovillo su narración. Caso pues de ser forjada, forjóse en época antigua y no muy distante del fallecimiento de Lulio, lo que aumenta la dificultad. ¿Y con qué objeto? preguntamos. ¿Cuál podía haber preferente al de evidenciar su martirio, que hubiera terminado de una vez la causa, que habría hecho enmudecer a sus encarnizados enemigos, que le habría elevado canónicamente a los altares? Y bien, la crónica nada dice de su preciosa muerte, le supone aun viviente; nadie se atrevió a completarla, a añadirle dos palabras siquiera que hubieran resuelto toda duda y ahorrado tan largos y violentos litigios. ¿Cabe prueba más convincente, bien que negativa, de su pureza y sinceridad?

Otro códice de la contemporánea, en idioma vulgar y no en latín como el primero, halló Costurer en la misma biblioteca, pero nada de él publicó, circunscribiéndose a consultarlo para ilustrar una que otra variante. Pasqual lo reputa algo más reciente que el otro, como copia de fines del siglo XV; pero en vez de creerlo traducción del latino, juzga haberle servido de original por la mayor soltura y sencillez de la frase y por la mayor conformidad que guarda con los términos em-

pleados por Lulio. Habiendo seguido la desgraciada suerte de su compañero, y lo que es más sin quedar muestra de su tenor, es imposible comparar y formar dictamen: pero si los amigos de Raimundo, como expresa el preámbulo de la vida, recogieron en Francia sus confidencias, fueran o no franceses de nación, más verosímil parece que la redactaran desde luego en latín, lengua universal para darla a conocer en cualesquiera regiones, y que más adelante se vertiese al mallorquín para uso de sus compatriotas.

De que fuesen varios los que de boca del mismo recibieron y suministraron noticias para su historia, no se desprende en rigor que sea obra de distintos escritores, antes persuade lo contrario la unidad del estilo. Las vacilaciones, las incertidumbres, y hasta algunos descuidos e inexactitudes que observa Pasqual, manifiestan al parecer que no todo se supo por relación directa, o que entre oírla y consignarla medió bastante tiempo para dar lugar al olvido y a la duda. Así no pretendemos considerarla ni como única ni como infalible norma de certeza, tal que no pueda corregirse por documentos o por indicaciones de las obras de Lulio, y completarse por tradiciones de procedencia más o menos autorizada. Por lo mismo no nos limitamos a dar su texto para formar la biografía; pero al aumentarlo con los datos derivados de otras fuentes, procuraremos que campee con bastante desahogo, desembarazado de notas cuanto sea dable, y desnudo de añadiduras y comentarios, para que pueda saborearse su primitivo encanto, su interesante naturalidad. La cronología de los sucesos no permite insertarlo seguido, sin intercalar a cada paso los apéndices indispensables y sin llenar, conforme ocurran, los vacíos; mas la integridad de su todo y la puntual conservación de sus partes no desconfiamos de conciliarla con la unidad del trabajo mediante la oportuna división de capítulos. De esta suerte, traducida por primera vez al castellano a fin de popularizarla, sin poner de nuestra parte sino el mayor esmero en mantenerle su carácter, sale a luz por fin, cinco siglos y medio después de escrita, la historia primitiva y genuína de Raimundo.

A ésta sigue en el orden cronológico un informe dado en 1373 por el arzobispo Pedro Clasquerin, a quien en unión con el célebre Aymerich había encomendado el papa Gregorio XI el examen de las obras de Lulio. Puesto en disidencia con el fogoso inquisidor, suministra el prelado en apoyo de su juicio favorable al autor alguna noticia biográfica muy interesante, que robustece las aserciones débiles por sí solas de escritores comparativamente modernos, y lo que es más, rinde a su martirio el testimonio más antiguo que se conoce, transcurrido apenas medio siglo desde su consumación. De este documento, ignorado por Costurer y por los Bolandistas, somos deudores al erudito Pasqual.

A principios del siglo XVI, en 1514, dieron las prensas a luz por primera vez una vida de Lulio, no en su patria sino en París, compuesta no por un paisano sino por un extranjero, Carlos Bouvelles (Bovillus) de Amiens, canónigo según algunos de aquella iglesia o de la de Noyon, quien para complacer a un amigo suyo llamado Raimundo Boucher curioso de saber los hechos de algún bienaventurado de su mismo nombre, escribió los de nuestro Raimundo, tomándolos a lo que dice de la relación de otro amigo español que se la había contado varias veces. O éste o el mismo Bouvelles debieron sin embargo conocer la crónica primitiva, pues su historia en las noticias y muy a menudo en las palabras no pasa de ser una reproducción de aquélla, cambiando muy poco y añadiendo menos a la narración coetánea, si bien la completa con una breve mención del martirio. Esta misma conformidad aumenta recíprocamente la autoridad de la una y el aprecio de la de Bouvelles, que mereció ser traducida del latín por Costurer, e insertada en segundo lugar en las actas de los Bolandos.

Por aquellos mismos años, en 1519, se publicaba en Alcalá de Henares, al frente del tratado de Lulio *De Anima rationali* otra biografía del autor, más compendiosa que las anteriores y mezclada con observaciones apologeticas acerca de su doctrina. Esta por fin fue debida a un ilustre patricio mallorquín, a Nicolás de Pax, uno de los primeros catedráticos de la universidad Complutense y singularmente favorecido por el gran Cisneros. El estilo es más bien polémico que narrativo; las noticias casi todas las bebió, se conoce, en la vida coetánea; las restantes las adquiriría por tradición, por documentos hoy perdidos o por otro conducto legítimo que por desgracia omitió expresar. Figura la disertación de Pax en tercer lugar entre las que consideró el continuador de Bolando como fuentes principales de la historia de Raimundo.

A Pax siguió casi exclusivamente el doctor Luis Juan Vileta en el epítome biográfico que precede al *Ars Brevis* de Lulio impreso en Barcelona en 1565. En agradecimiento de lo que había trabajado en el concilio de Trento para hacer borrar del índice de libros prohibidos las obras de nuestro célebre autor, continuadas entre ellos en el pontificado de Paulo IV bajo la simple fe del directorio de Aymerich, obtuvo por aquel tiempo en dicha ciudad la cátedra Luliana confiada a la protección de la ilustre familia barcelonesa del propio apellido, a quien debió tal vez los pocos datos añadidos al trabajo que tuvo presente.

Una nueva época en cierto modo marca entre los historiadores del sabio mallorquín la vida publicada en 1606, pero escrita ya en 1580, por el canónigo Juan Seguí, para satisfacer la curiosidad o la veneración más bien de Felipe II hacia nuestro patricio durante su

jornada a Portugal. Encuéntanse en ella innumerables circunstancias y hasta sucesos importantes omitidos en las anteriores, apariciones sobrenaturales más frecuentes, viajes más dilatados y repetidos, conversiones en Bona y en Túnez, numerosos detalles del martirio en Bugia. Pudieran creerse tales noticias, menos las postreras, procedentes de la relación presentada al rey de Francia por el mismo Lulio, que asegura Seguí haber tenido en las manos y tomado por guía de la suya; pero los anacronismos y errores geográficos con que andan mezcladas demuestran en ellas un origen menos autorizado. Sospechamos más bien que el devoto penitenciaro y rector de la universidad de Mallorca, siguiera en parte sin apercibirse de ello apenas, su propia imaginación para llenar los huecos que lamentaba, y en parte las tradiciones populares de cada vez más lejanas de su fuente, *enriqueciendo* así y *completando* su asunto a costa de la rígida exactitud, en lo cual tuvo por imitadores casi a todos los que le sucedieron.

Gaspar Escolano, al ocuparse en su *Historia de Valencia* publicada en 1610 de las controversias a que dio lugar la memoria y doctrina de Raimundo, con cierta neutralidad y con más extensión de lo que consentía al parecer el objeto de su obra poco relacionado con este personaje, siguió con preferencia en la parte biográfica el reciente opúsculo de Seguí, considerándole como el más diligente sin cuidarse de si era el más seguro. Lo mismo hizo fray Antonio Daza en su *Crónica de San Francisco* impresa al año siguiente en Valladolid, copiando sin examen al buen canónigo de Mallorca. Algo de éste y algo de Vileta tomó el dean de Tarazona Pedro Sánchez de Lizarazo en la brevísima noticia de que va precedida la explicación del *Arte Breve*, que dio a luz en dicha ciudad en 1613 y 1619: sobre la de Pax formó la suya Andrés Libadio, médico ilustre, en el tomo I de sus secretos escogidos de alquimia que en 1619 apareció en Francfort.

Con más detenimiento y utilidad trató la materia el laborioso padre Lucas Wadingo en sus *Anales de la religión franciscana*, refiriendo por épocas minuciosamente la dilatada carrera el doctor mártir, y juzgando al fin sus obras y su método con imparcial y maduro criterio, sin pasiones de orden ni de escuela. No desechó las relaciones modernas a pesar de reconocer varios de sus errores; pero consultó la primitiva, de la cual tenía copia en Roma donde escribía, algunos documentos de los archivos de Mallorca y de la biblioteca del Vaticano, el proceso de canonización, las indicaciones esparcidas en los libros de Llull, y sobre todo un compendio escrito por éste en Montpellier a instancia de Jaime II de Mallorca acerca de su propia conversión, viajes y trabajos, de cuya existencia es difícil dudar mediando la aseveración de un escritor tan respetable, pero cuya pérdida no lo es menos de explicar y de lamentarse condignamente. Por el mismo tiempo el

P. Arturo de Munster incribía en su martirologio franciscano (París 1638) el nombre de nuestro héroe, si bien equivocando la fecha de su martirio.

No puede menos de fijarse privilegiadamente la atención en el modo como trataron tan interesante punto a mediados de aquell siglo los historiadores generales de Mallorca. Conocido es el trabajo de Mut acerca del venerable mártir, el cual constituye el libro segundo de su historia; pero lo que se ignora por lo general es que dicho trabajo se reduce a un extracto o resumen de otro más vasto y diligente que dejó manuscrito su antecesor Dameto, y en el cual el sentencioso continuador no hizo más mudanza que suprimir detalles muy curiosos a veces, y añadir enfáticas reflexiones. El tratado de Dameto en la parte biográfica, pues la doctrinal no ha llegado a nuestras manos, se escribió en vista de la crónica latina guardada todavía entonces en el archivo de la universidad, si bien en algunos pasajes intercalada y algo diferente de la que después halló Costurer. Sin rechazar de todo punto las voluntariedades de Seguí y de otros *modernos* como los llama, tuvo la sensatez de hacer más caso de las fuentes genuínas y directas, demostrando en la serie de su discurso, inédito hasta hoy y desconocido, un estudio particular de las obras de Raimundo y de los documentos referentes a su culto y doctrina. En cuanto a Mut no podemos decir si los capítulos apologéticos de su segundo libro desde el VIII al XV son producción original de su pluma, o simple arreglo, como los otros, de la defensa preparada por Dameto, si a éste no le impidió la muerte llevada a su término el plan concebido (*).

J. M. Q.

(*) La publicación de este trabajo de don José M.^a Quadrado ha sido preparada por el Sr. Lic. Juan Pons y Marquès.